CAPITULO X.

ARTE Y ARTISTAS EN GUADALAJÁRA.

La Música, La Pintura, La Cerámica, Los Templos
y las Creaciones Religiosas.

No sé que pueda haber un motor más eficaz para el desarrollo del sentimiento culto de los pueblos, como lo es la música. Es ésta una eficaz potencia que determina sensaciones en el sistema nervioso, que dejan incrustados sus efectos en el alma; efectos, (en infinitos cosos), los más consoladores y benéficos en sus resultados para la educación moral del individuo.

En Guadalajara, (así como hasta en el confín lejano de nuestra patria), la música es una necesidad para las masas; está en su organismo, como en el organismo del reino vejetal está la sabia que la produce y reproduce, el colorido que lo marca con caracteres propios y especiales. Es cosa averiguada entre nosotros, que si á nuestras condiciones climatológicas, agregamos el natural sentimentalismo de raza, la música tiene por fuerza de producir sus efectos más ó menos benéficos en la educación de los sentimientos morales en las masas del pueblo.

Pero es entre este simpático é interesante pueblo de Jalisco, donde he observado la afición y especial gusto por la música, si se quiere aún más que en

parte alguna de nuestra República. Es cierto, que la gente de nuestra costa es alegre, musical y fandanguera como de hecho lo es la gente tapatía; más no se que tinte de tropical melancolía le encuentro yo á la música y bailes de la costa. El canto del jarocho, del pescador y del vaquero, no es el canto alegre y bullicioso picarezco é inspirador del jalisciense. La poesía de unos y otros se diferencía en cuanto á que el clima no es el mismo, ni la localidad ni la manera de ser ó de vivir. En los primeros todo es tropical; en los segundos todo es andaluz. La música ejerce un poderoso influjo en los sentimientos y la manera de sentir de ambos pueblos; pero no en todos casos son iguales los resultados. Inspíranse los unos en la música del Oceano, cuando las turbulentas olas cansadas de luchar entre sí, se tienden magestuosas en las playas y con el rítmico vaiven de la marejada, forman acordes musicales, cuando entre espuma y agua, resuenan al rodar esas conchas, esas arenas de la mar esplendente. Inspíranse los otros, en el valle, la montaña y el bosque, las flores y las aves, iluminado todo por la luz del sol ó de la luna con celajes soberbios que son fuente inagotable para el poeta, y tema de armonía imitativa para el músico.

No cabe duda; los jaliscienses, como los italianos nacen músicos. En mis largas vagancias por esta ciudad Reina, y sus alrededores pintorescos, he oído música, muy buena música á toda hora. En la bella Plaza de Armas, ya descripta, cuando termina de tocar una banda de música, es reemplazada por otra en sus tareas. Los domingos hay música en los portales. En la tarde la hay también en sitios de recreo como lo son el Paradero, el Agua Azul y otros. Viene el vago viajero de recrearse el oido con los acordes de una banda que ha tocado en el campo, y al apearse del tranvía que detiene su carrera en la Plaza de Armas, le da la bienvenida ó regreso á la ciudad otra espléndida banda militar que ejecuta en el kiosko. Se aleja uno de estos sitios encantados, y

cuando menos, el eco de la armonía celeste le persigue, como una cosa que está en la atmósfera, como una alma que hace sentir su influjo y su poder por donde va.

Yo he estado en reuniones musicales que en nada dejaban que desear á otras de su género en paises americanos ú europeos. Se nota en los artistas jaliscienses, una modestia suma que á mi juicio, les perjudica mucho, cuando creen que todos sus esfuerzos en el divino arte de Euterpe nada ó poco representan en el mundo científico de la música tal como ésta se aprende y se enseña en la actualidad. Pocas veces he oido cantar ó tocar con más sentimiento de lo que se canta y toca en esta Guadalajara, donde el corazón sale á la boca, como á las notas sale la armonía.

Yo he visto como se baila en los barrios con compás admirable, sin perder una nota de la música, y he oido tocar los instrumentos de cuerda, con sumo gusto y singular maestría en esos fandangos y jaleos que son para el pueblo de esta tierra de la alegría, una necesidad, un pasatiempo indispensable en donde el alma tiene sus expansiones de alegria y encuentra esos ideales propios á razas soñadoras á donde se destierra á la tristeza, y se dá carpetazo al desconsolador realismo de la vida.

En mi primer visita al bello é inspirador "Juanacatlán," recuerdo haberme encontrado casualmente, con un filarmónico, un modesto organista de un templo de la católica "Ciudad Reina." Como era de esperarse, despues de hablar de la estruendosa música de la naturaleza en la regia cascada, venimos á charlar sobre música y músicos en Guadalajara, la natural disposición para aprender el divino arte, y el amor que en todas las clases de la sociedad era innato por tan bello motor del sentimiento. Como era natural me habló del órgano, y de la música clásica-sagrada, de su estado actual en Guadalajara, de sus progresos y esperanzas, como tambien de sus benefi-

cos efectos en la educación moral del pueblo. Efectivamente, todo lo que asentaba, venía á corroborar lo que personalmente he experimentado en la Gran Basílica y otros templos de la ciudad, durante sus fiestas ó funciones religiosas donde nada escucha el visitante ó el devoto que no sea música religiosa. Considerando, pues, que es la música [como llevo ya dicho], "un motor el más eficaz para el desarrollo del "sentimiento culto de los pueblos," y considerando á la vez que es tan perfecta en su armonía imitativa, cuan poderosa lo es en sus efectos, no es por cierto la música de un caracter profano la que deba escucharse en las naves de un templo, pues esto es profanarlo y con ella al sentimiento religioso. No son las óperas, ni las romanzas de salón, ni la música para bailar, ni los cantos populares del pueblo lo que se debe ir á escuchar al templo, para eso tenemos teatros, salones ú otros lugares *ad hoc.* Porsupuesto, que hago referencia á la música profana que en tiempos de Navidad ú otros, se deja oir en las parroquias de los pueblos y en algunos templos de ciudades á donde la cultura y el buen sentido religioso no deberían exponer, (con semejantes absurdos), el culto católico á la mofa del incrédulo, ó la risa nerviosa del mismo creyente.

No es por cierto en la culta y musical Guadalajara, ni aún en el vasto Estado de Jalisco, donde el viajero ú el católico, escuchará la música profana en los templos consagrados al culto de la Divinidad, me decía el organista con quien charlaba frente al Juanacatlán.—Esto no se permite ya entre nosotros.—Desde hace mucho tiempo venimos iniciando la idea de la música religiosa; y al efecto puso en mis manos el prospecto de una nueva publicación quincenal intitulada: "La Lira Sacra," que lleva por objeto, la propagación y el conocimiento de la música religiosa, iniciada por muchos é inteligentes profesores jaliscienses.

Lamento no poder intercalar en el texto este interesante prospecto, á causa de sus dimensiones; pero creo bastará con lo dicho para dar una idea del espíritu de este pueblo en asunto tan sumamente interesante como lo es por un lado, el destierro de la música profana de las iglesias católicas, y por el otro, la aceptación general y propaganda del canto y música sagrada, cuya importancia es solo comparable con la imponente y augusta sublimidad de un culto que, reconocen y sostienen cerca de 300 millones de seres humanos en toda la superficie de la tierra.

Para finalizar éstas mis observaciones sobre la música, su poder é influjo civilizador en las masas, recordaré que no ha habido un pueblo grande y poderoso que no haya aceptado la música como un motor eficaz para el desarrollo del sentimiento, que no haya tenido un cántico guerrero, patriótico, un instrumento musical para cantar sus glorias, placeres ó desdichas. El célebre Pitágoras, encontró el mundo *armónicamente* ordenado, como encontró los elementos que formaron la música; Sta. Cecilia, [á decir de la leyenda], hizo bajara sobre la tierra á un angel que descendió para escuchar la melodía de aquella gran patrona del arte arrobador. Los pueblos, pues, que como el jalisciense, aman la música, serán pueblos que la civilización siempre estará orgullosa de contar en sus filas, pues son los hombres de corazón los que más valen en el mundo; y es la música motor tan poderoso, que á decir del filósofo griego ya citado—hay música hasta en las doce esferas, por muy inaudible que ésta sea á mortales oidos.

* * *

Muy extraño sería que en raza tan afecta á la música, como lo es esta de Jalisco, que en esta Toscana de México Occidental, no hubieran nacido inteligencias con marcadas disposiciones para el arte pic-

tórico. Por mucho que el arte de Apeles no haya encontrado aquí, todo el eco y la protección que se le ha dado y se le da en otras partes del mundo artístico, Guadalajara sin pintores más ó menos inteligentes ú aventajados sería una aberración de la naturaleza misma en la raza y en las condiciones marcadísimas de ciertos climas, que, cual el de estas regiones ejerce un poderoso influjo en el sentimiento y desarrollo intelectual para la formación del hombre artista. Así es que, no han faltado en esta tierra artistas, lo que ha faltado [como en otras partes de nuestra patria], es la protección directa y benéfica á el arte. Es cosa incomprensible para mí, como es que nuestra gente adinerada, decora los muros de sus salones con tanto mamarracho y tanto disparate importado del extranjero, y no ostenta un solo cuadro [muchas veces], de alguno de nuestros artistas nacionales conocidos con ventaja y dignos por mil títulos de la preferente protección y el estímulo de sus conciudadanos. ¿Qué aberración es esta? ¿Qué patriotismo es este que deja abandonado en la pocilga al pobre artista nacional, con su talento y su enseñanza ocultos, con las luchas terribles por la vida, con la decepción y el excepticismo en el alma?

Hubo un tiempo feliz en todo México, en que á las bellas creaciones del arte religioso europeo importadas del viejo mundo, vinieron los ideales realizados de aquella escuela llamada antigua mexicana de la que surgieron pintores de la talla de los Rodríguez Juárez, Luis Juárez, Baltazar de Echave, Juan de Herrera, Cabrera, Ibarra y otros. Pero aparece que con la expulsión de los españoles del territorio por ellos conquistado, vino el destierro también del arte por ellos protejido.

Nos lamentamos todos, del estado de decadencia que en la actualidad guarda el arte pictórico entre nosotros, pero no nos lamentamos de la decadencia social que en este caso determina de una manera muy directa el estado del arte entre nosotros. Pero nos

pasa con esto, lo que con otras cosas: que aquellos que aprecian en todo lo que valen las obras de los pintores nacionales, son desgraciadamente, aquellos que no poseen los medios monetarios para hacerse de ellas. Así, es que, no es la falta de apreciación la que sale faltando entre infinitas gentes, sino el dinero de los ricos que ni estiman, ni compran, ni estimulan siquiera en forma alguna al pobre, modesto é inteligente artista mexicano. Los gobiernos hacen algo: mandan pintar los retratos de los gobernantes. Pero esto no es bastante; hay que seguir pintando la historia mexicana con todos sus episodios sorprendentes, la magestad imponente de la naturaleza en sus diversas zonas, nuestras costumbres y progresos; en una palabra: todo aquello que tienda á la enseñanza objetiva al conocimiento del país y de nosotros mismos. Pero si fuerza es, que todo esto se pinte para nuestra enseñanza positiva, fuerza es también, que se haga para la protección del arte y los artístas nacionales.

Encaminaba mis pasos al Portal de Matamoros, con el fin de visitar el taller de fotografía y de pintura de un artista tan inteligente, como modesto lo es. Me refiero al Sr. Francisco Sánchez Guerrero, pintor jalisciense, cuyo magnífico retrato del Gral. Corona pintó para el Hospicio de esta ciudad, y cuya obra he comparado justamente en su ejecución con las obras de igual clase del eminente retratísta de la escuela francesa, Bonnat. Se me había dicho, que el Sr. Sánchez Guerrero, tenía pintada por él una copia magnífica de la afamada Asunción de Murillo, y que también había hecho un bellísimo cuadro del siempre inspirador Juanacatlán. Estas noticias, eran lo suficiente para que yo, el gran amante del arte, y siempre fiel amigo del artista, me fuera en busca de esos lienzos. No tardé mucho en encontrarme en compañía del mencionado artísta y en frente de sus obras. Tenía tres á la vista; y á la verdad era tal mi sorpresa, tan grata la impresión que desde luego me causaban, que no sabía por fin donde fijar la mirada y dar rien-

da suelta á la expresión. A mi izquierda, y en buena luz, en el muro con que termina la escalera de un legítimo taller de artista, la copia fiel de ese gran cuadro soberano: la Asunción del sublime Murillo. A mi derecha, bien colocado en el muro, el Juanacatlán; frente á mí en su respectivo caballete esperando los últimos efectos del toque de pincel del artista, un retrato admirable (casi de tamaño natural), de una joven bellísima de Guadalajara, de una rubia, que se destaca de esa tela, como un soberbio lirio en la floresta, bañado por la dorada luz del sol poniente. Por bien que se pueda hacer la descripción de este cuadro resultará siempre un pálido reflejo, poco más, poco menos del que ahora voy hacer, cuando nunca la pluma puede dar sino es aproximadamente la idea del colorido, eso que es la gráfica representación, la vida animada de todo lo que es bello é inspirador en la creación. Y, es el caso, que si este joven artista se distingue por su dibujo delicado y correcto, igualmente puede bien distinguirse por el colorido y entonación preciosa que transmite á sus telas. Pero pasemos al retrato en cuestión que es hoy objeto de mi particular encomio. Una joven de tipo rubio (como llevo ya dicho), aparece como salida de la selva que forma el bello fondo de esta composición. Se encuentra como recargada en una puerta rústica formada con unas ramas de árbol entrelazadas, donde se enredan las rosas de castilla y otras plantas silvestres. Tiene la joven un canastillo pequeño, lleno de flores en su mano derecha, cuyo brazo en parte desnudo y lleno de mórbida belleza y de potente vida juvenil, cae en su sitio con naturalidad suma. Es la cabeza de esta, inspiradora como un pensamiento de Goethe, y sus rubios acastañados cabellos, flotan en parte sobre su hombro izquierdo. Viste un sencillo traje claro propio al campo, y forma el claro-oscuro el listado rebozo de seda puesto y cruzado con esa gracia tapatía, digna en verdad de las hermosas hijas de esta tierra, Andalucía de América. Entre los delicados

dedos de la mano izquierda tiene esta joven una flor, [¿seguramente su predilecta?] Es la mirada de sus ojos claros, inteligente y dulce, revelación de alma cariñosa y buena. Abarca su visual más de una cosa á un tiempo, pues si la ajitan varios pensamientos, no por eso se olvida tambien de otorgar á sus espectadores una mirada dulce é inteligente. Bello es este retrato, porque representa fielmente á una belleza; bello, porque el colorido es digno de la paleta de un artista que reconoce el poder del colorido y lo maneja con destreza y delicadeza admirables. Bello, porque la forma y líneas muy bien comprendidas en todo el tenor de la composición hacen de este retrato una cosa perfecta; y finalmente, es bello y atrayente porque á mi juicio, reune esos indispensables componentes á la belleza típica, á saber: Unidad, reposo, simetría, pureza y moderación.

—¿Es del agrado de Ud. este retrato? me preguntó el artista con su habitual modestia.

—No solo es de mi agrado, le contesté en seguida, sino de mi aprobación en todo, junto con mi particular admiración.

—¿Le cree Ud. bastante bueno para que se exhiba en la próxima Exposición de Chicago?

—Le creo bastante notable como obra de arte, para exhibirlo en todas partes. Aun más, creo firmemente que, trabajos artísticos de este género, tienen que salvar la reputación del arte mexicano en el extranjero como entre nosotros mismos.

Este modesto é inteligente artista, me daba las gracias con verdadera emoción. Parece increíble que un pintor como éste, viva ignorado; es por eso que deseoso se le estime en lo que vale, lo doy á conocer en estas páginas. En sus primeros años estudió en México, y fué discípulo de la Academia Nacional de San Carlos. Pero no es la Academia la que ha hecho de él un buen artista, es su organismo, es su alma que lo hace sentir lo que traslada al lienzo. Tiene á mi juicio las dos cualidades indispensa-

bles que forman al artista: siente y piensa. De suerte que inspirado en el gran sevillano, en su dibujo y colorido, resultan sus composiciones bellas y perfectas. Poseído del original de Murillo, le ha copiado con suma minuciosidad en la sublime Asunción de la Catedral; se nota que ha sentido y pensado al dejar que su brocha busque la inspiración necesaria al copista de las grandes creaciones del arte.

En el paisaje y vista del Juanacatlán, se nos presenta este artista, con un estilo y ejecución tan diametralmente opuestos al de sus retratos, que viene á ser una revelación más de sus dotes de artista y sus naturales brillantes disposiciones para la copia de las bellezas edificantes de natura. ¡Es esta vista del Mexicano Niágara, una explendente tela, que representa la cascada y el paisaje, bajo el mágico poder de las cambiantes luces de una puesta del sol! Toques valientes, coloración soberbia, dibujo magistral, luces y sombras, todo bien puesto en su lugar. Escuela: impresionista del inmortal pintor inglés Turner.

Perplejo ante este cuadro espléndido, fiel representación de lo que yo he palpado en aquella soberbia catarata, y al mismo tiempo conocedor de las suntuosas telas del autor mencionado, preguntaba á Sánchez Guerrero, si conocía por ventura alguna obra de Turner, para haberle seguido sus pasos tan de cerca.

—Conozco, me contestó, tan solo uno que otro grabado de aquel eminente artista, pero ninguno de sus cuadros puesto que nunca he ido á Europa, que es mi sueño dorado.

Recomendé al artista no dejase de enviar este cuadro á la Exposición de Chicago, pues estaba seguro llamaría sobremanera la atencion de inteligentes y profanos.

Al salir del taller del Sr. Sánchez Guerrero, recordaba haber leído en las páginas del libro del escritor jalisciense, Joaquín Romo [más de una vez citadas], aquellas que hacen referencia al progreso y estado de las bellas artes en Guadalajara, donde se lamenta del indeferentismo de los ricos, y del egoismo de otros, que no protejen á los artistas. Las siguientes líneas, me han parecido tan elocuentes, que por eso las intercalo aquí. Hablando de la muerte de un artista, dice el Sr. Romo:

"Ocho días después, algunos artistas acompaña-
"ban un féretro: adentro iba el cadáver de D. José
"Castro, que murió en el abandono más triste.....
"¡era pintor!"

En mi estudio, sobre el espléndido fresco de la gran bóveda del Teatro Degollado, creo haber dicho lo suficiente para dar una idea aproximada de lo que fueron aquellos notables artistas jaliscienses que la pintaron: D. Jacobo Gálvez y su muy aventajado discípulo y colaborador Gerardo Suárez. Así pues, solo debo agregar en honor de Guadalajara, y del arte bellísimo de la pintura, que alguna de las obras de ambos, adornan las paredes de los salones de la mejor sociedad Tapatía; y que encontrándome accidentalmente en La Barca, importante población del 3er. Cantón del Estado de Jalisco, he visto en una casa particular los mejores frescos murales que tal vez se hayan ejecutado en toda la República. Son estos frescos, obra muy notable de los pinceles del maestro y del discípulo. Es decir: de Gálvez y de Suarez. Se encuentran en los entrepaños enormes de un magnífico corredor cuadrado, y de los muros de entrada en el zaguán. Llaman la atención del espectador, por su fidelidad representativa de escenas y costumbres nacionales, por la corrección del dibujo y por la belleza de entonación en el colorido.

Lamento no poder describir estos frescos murales. Pero, á la circunstancia de ser muchos, y de tener gran cantidad de figuras, habría que contar con mayor número de páginas y de tiempo, del que puedo dedicar á un asunto defícil y de la importancia representativa, como lo es en el arte, la pintura mural. Al hablar del arte y los artistas jaliscienses, no me pue-

do abstener de hacer mención de los célebres frescos murales de Galvez y de Suarez en la Barca, y de recomendar al viajero que pase por aquellos lugares, no lo haga sin dar un vistazo á unas pinturas, que como aquellas son dignas de admirarse.

Otros artistas ha habido y hay en Guadalajara, además de los que he hecho mención, que han dado honor á su arte y á Jalisco.

En el primer tercio de este siglo apareció un Don José María Uriarte que fué un notable retratista; y un Don Félix Zárate que pintó muchos cuadros para los templos de los que he visto algunos que revelan en él una conciencia religiosa.

Don Felipe Castro, discípulo de Clavé, es pintor de gran reputación, y posee un bello estilo como colorista, siendo su entonación suave y aperlada.

Don Pablo Valdéz, actual catedrático de pintura, en el importante Liceo de Varones, es un aventajado maestro en su arte, y tiene el honroso antecedente de haber hecho brillante carrera en la Academia de pintura en México. En suma; hay artistas en ésta ciudad; hay juventud que promete mucho, y que ama el arte. * La afición, á lo bello y á lo ideal, no puede dejar de existir, mientras exista el fuego en la imaginación,—el sentimiento en el alma, como existen aquí, entre éstas razas semi-árabes, semi-tropicales. Tendrá el pintor sus luchas más ó menos terribles con el avaro rico que estima sus trabajos artísticos á tanto más cuanto la pulgada, ó la vara cuadrada de sus telas. Tendrá la admiración de muchos, como la crítica de otros pero en medio de esas luchas, entre el indiferentismo de la ignorancia, la penuria de su lejítimo admirador, sobrevivirá su arte, porque mal puede perecer; cuando esta "forma una parte integrante de la ley fija del progreso de los pueblos," como llevo asentado en mi reciente opúsculo. —"*Reflexiones sobre Arte Nacional.*"

(*) Entre los jóvenes artistas, que hay en Guadalajara, considero al Sr. Don José Vizcarra, como el más aventajado. Su fuerte, es en mi opinión, el paisaje en el que revela como dibujante y colorista, una escuela de primer orden. N. B.

***

En el capítulo IV de ésta obra, creo haber dicho lo suficiente, para dar una idea aproximada de lo que es el arte del alfarero, de sus orígenes, desarrollo y del estado actual en Guadalajara de una industria, de una manufactura que marca con un sello especial estas comarcas y el sentimiento artístico innato en sus razas pobladoras. Así es que, al hablar del arte de la cerámica poco habrá que agregar á lo ya dicho en el capítulo mencionado.

En los alrededores de la estación del ferrocarril Central, hay una fábrica fundada por el inteligente alfarero Don Heraclio Farias. Los progresos de su interesante industria, revelan entre otras cosas, el admirable dón imitativo inerente en la raza. Allí se imitan con rara perfección los tibores chinos, los macetones japoneses, y otros objetos que son tan peculiares á las razas simíticas, á la civilización oriental, en cuyas fuentes ha bebido infinitas veces, el espíritu de la civilización Occidental, por mucho que ésta se haya inspirado en sus propias creaciones y en sus nuevos ideales. En el taller del Sr. Farias, se nota un especial anhelo por imitar todos los artefactos y obras de ornamentación que nos vienen del viejo mundo; y aunque esto es muy loable, pues la imitación de lo bueno nunca podrá perjudicar, yo quisiera que en la hermosa é importante industria de la cerámica (como en otras), imitásemos menos, y creásemos un poco más. Hay en el Estado de Jalisco, un caolin, y unas arcillas tan soberbias, que tanto para el trabajo de la porcelana como para la industria del alfarero no hay una sola cosa que no pueda fabricarse ya con, suma perfección y belleza. ¿Podrá darse cosa más